

ENRIQUE SIENKIEWICZ

LA CASA SOLARIEGA



En *La casa solariega* (también conocida como *La familia Polaniecki*), Sienkiewicz nos relata la vida y costumbres de la sociedad polaca a fines del siglo XIX, con su tipismo, sus defectos y sus virtudes, que se personifican en Marina y Polaniecki y su relación afectiva.

I

Acababa de dar la una de la madrugada, cuando Polaniecki llegó al término de su viaje, a la hacienda de Kerzemien. En su niñez había ido allí con frecuencia. Su madre, una parienta lejana de la primera mujer del actual propietario de la finca, le llevaba allá dos veces al año, durante las ferias.

Polaniecki se esforzaba en reconocer los sitios por donde pasaba, pero no era posible. La noche, clareada por la luna, daba a las cosas un aspecto diferente. Sobre el follaje, sobre los prados, sobre los campos, sobre todo, se extendía una densa y blanca niebla que hacía semejar el paisaje a un mar sin límites. El croar de las ranas que salía de aquel mar de niebla, contribuía a hacer más verosímil la ilusión.

Era una hermosa y serena noche de junio. Apenas callaban las ranas, resonaba el melancólico canto de la codorniz. Allá a lo lejos, en paludosos estanques ocultos, y entre los alisos resonaba, cual si saliera de las entrañas de la tierra, el lúgubre grito del búho.

El canto de aquella noche subyugaba a Polaniecki, y era mayor esta impresión por cuanto se hallaba en su patria, recién regresado del extranjero, donde había pasado su juventud y los primeros años de la edad viril, dedicado por completo al comercio. Mientras se aproximaba al pueblo, le acudía a la mente el recuerdo de su niñez, la imagen de su madre, fallecida cinco años atrás, y todos los pequeños cuidados de la juventud se le figuraban insignificantes comparados con los graves sentimientos del presente.

El coche llegó lentamente, recorriendo un arenoso camino, y por último se detuvo a la entrada de una umbrosa alameda en cuyo fondo destacaba un blanco edificio, con todas las ventanas iluminadas.

Al ruido del coche, un criado salió apresuradamente de la casa y, recogiendo el reducido equipaje de Polaniecki, le condujo al comedor, donde estaba preparado el té.

Nada había cambiado allí.

Una de las paredes estaba ocupada por un *buffet* de nogal y por un enorme reloj de péndulo provisto de grandes pesas; de la pared opuesta colgaban, con ridícula ostentación, dos retratos mal pintados de mujeres atrabiliariamente vestidas; en el centro de la sala estaba colocada la mesa, cubierta con blanco mantel y rodeada de viejos sillones de elevados espaldares.

Polaniecki dio algunos pasos por la estancia, pero el ruido de sus propios zapatos en medio de aquel profundo silencio le distrajo; se acercó, pues, a la ventana y se puso a contemplar el patio iluminado por la luna.

Al cabo de breves instantes se abrió lentamente la puerta de la habitación inmediata y una joven penetró en el comedor. Polaniecki creyó reconocer en ella a la hija de la segunda mujer del dueño de la finca.

A su aparición se separó él de la ventana y se acercó a la mesa inclinándose y pronunciando su propio nombre.

La joven le tendió ambas manos y dijo:

—Hemos recibido el telegrama en que nos anunciaba usted su llegada; pero mi padre está algo indispuesto y ha tenido que acostarse. Tendrá mucho gusto en saludarle mañana temprano.

—Siento mucho haberles molestado en hora tan intempestiva —contestó Polaniecki—; he llegado a Ezerniov en el tren de las once.

—Y de Ezerniov aquí hay dos largas millas de camino. Mi padre me ha dicho que no es esta la primera vez que viene usted a Kerzemien.

—Sí, venía a menudo con mi madre. En aquella época usted no había nacido todavía.

—¿Es usted pariente de mi padre?

—La primera esposa del señor Plavicki era parienta mía algo lejana.

—Mi padre me habla de usted con frecuencia —repuso la joven, mientras servía el té resguardándose con la mano derecha del vapor que se desprendía de la tetera.

Decayó la conversación y únicamente se oía el rítmico tic-tac del reloj. Polaniecki, a quien todas las mujeres jóvenes y bellas interesaban, examinaba atentamente a la señorita Plavicki.

Esta era de mediana estatura, bastante desarrollada; tenía el cabello negro, dulces y expresivas facciones, la tez algo curtida por el sol, ojos azules, bien delineada la boca, si bien con cierto aire sarcástico, produciendo el conjunto la impresión de un ser dulce y delicado.

Polaniecki, a quien la muchacha no le parecía fea, pero que no la hallaba hermosa por completo, pensaba para sus adentros que, a juzgar por su aspecto, tenía que ser buena y cariñosa, y que, bajo un exterior algo frío, podía ocultar las bellas dotes que distinguen a las jóvenes educadas en el campo.

A pesar de ser aún joven, sabía por experiencia que las mujeres, conocidas de cerca, ganan siempre, mientras que los hombres solo pueden salir perdiendo. Y sobre todo sabía que la señorita Plavicki estaba dotada de una actividad poco común. Tenía ella a su cuidado no tan solo los asuntos domésticos, sino lo concerniente a la administración de la finca, que, por lo demás, estaba próxima a la ruina, y que, a pesar de ser ella sola quien llevara las molestias y las cargas

propias de tales cuidados, no por eso dejaba de aparecer tranquila y serena.

De pronto se le ocurrió que la joven estaba fatigada y que necesitaba descansar. Se leía en sus ojos la dificultad con que luchaba contra el sueño.

Indudablemente habría sido para ella más favorable el examen, si la conversación no se hubiera llevado tan penosamente. Lo cual en parte tenía su explicación, considerando que era la primera vez que se hallaban juntos, y el embarazo que debía experimentar ella al tener que recibir sola y a tales horas un forastero. Además, ella sabía perfectamente que Polaniecki había ido no para hacer una visita, sino para reclamar un crédito que tenía contra la familia.

En época muy remota la madre de Polaniecki había prestado al señor Plavicki veinte mil rublos, garantizados por hipoteca de la finca, y el hijo venía ahora a reclamárselos por dos razones: primera, porque no se pagaban los réditos, y segunda, porque estaba interesado en una casa de comercio de Varsovia, y como se hallaba empeñado en varios negocios, tenía necesidad absoluta de capital disponible.

Antes de ponerse en camino, se había propuesto no conceder prórroga alguna e insistir en que se le pagase todo en seguida.

Este era su sistema en semejantes ocasiones, por más que su carácter nada tenía de duro ni de inflexible.

Mientras examinaba a la joven, a pesar de que esta le inspiraba simpatía, se decía para sus adentros:

—Es bonita y muy buena, pero tendrá que pagar.

A los pocos instantes dijo, dirigiéndose a la señorita Plavicki:

—He oído decir que está usted siempre atareada. ¿Le gusta mucho el campo?

—Tengo mucho cariño a Kerzemien —contestó ella.

—También yo de niño le había tomado cariño, más ahora no quisiera verme mezclado en nada, porque debe ser

una administración muy difícil.

—¡Muy difícil, difícilísima! Francamente, nosotros hacemos todo lo que está a nuestro alcance.

—Lo cual quiere decir que trabaja usted más de lo que sus fuerzas permiten.

—Ayudo a mi padre, que está enfermo muy a menudo.

—Yo entiendo de todo menos de esto; mas por lo que veo y oigo decir, no hay gran cosa que ganar en la industria agrícola.

—Nosotros confiamos en la Providencia.

—Eso es una cosa muy bonita y muy buena, pero a los acreedores no se les puede enviar a la Providencia.

Un vivo rubor inundó el rostro de la señorita Plavicki, y una pausa embarazosa siguió a estas palabras.

—Permítame usted que le dé a conocer el objeto de mi visita —observó Polaniecki.

La joven fijó en él una mirada que a las claras quería decir: «Acaba usted de llegar y es muy tarde ya; el cansancio no me permite casi tenerme en pie, y aunque solo fuese por un resto de atención debiera usted haber evitado hablarme de semejante cosa».

Pero se limitó a decir:

—Conozco el objeto de su visita, pero creo que es mejor que hable usted de eso con mi padre.

—Está bien: dispense usted —respondió Polaniecki.

—Yo soy quien tengo que suplicarle me dispense. Cada cual tiene derecho a pedir lo que se le debe; pero hoy es sábado y los sábados se tiene mucho más trabajo que los otros días. Y en estas ocasiones... ya comprenderá usted... a veces, cuando vienen los judíos, yo despacho sola los asuntos con ellos... Pero con usted... Prefiero que hable con mi padre. Créame usted, será mucho mejor para uno y para otro.

—Pues hasta mañana —repuso Polaniecki, sintiéndose con menos valor para proseguir, y a pesar de que, en cues-

ción de dinero, hubiese preferido que se le tratase como a judío.

—¿Quiere usted otra taza de té?

—No, gracias. Buenas noches.

Así diciendo se puso en pie y tendió la mano a la joven, quien le alargó la suya, pero con mucha menos cordialidad que la primera vez, y de tal suerte que él apenas le pudo tocar las puntas de los dedos.

—El criado le enseñará a usted su cuarto —dijo la joven antes de alejarse.

Cuando se encontró solo, Polaniecki se sintió malhumorado contra sí mismo.

Su conciencia le reprochaba el no haber obrado tal como se había propuesto, en vez de dejarse llevar de un sentimiento de compasión hacia la fatigada niña.

No dejaba de contribuir también la señorita Plavicki a su mal humor; le irritaba porque la muchacha le había gustado.

Experimentó la misma sensación que le invadió a la vista del melancólico paisaje iluminado por la luna.

Sus modales y su persona toda le eran simpáticos, hallaba en ella algo que no había observado jamás en mujer alguna y que le impresionaba fuertemente, con una impresión muy superior a cuantas había experimentado hasta entonces.

Empero se avergonzó de sus propios sentimientos, y se juró proceder al siguiente día con un rigor inexorable.

Pero mientras interiormente se felicitaba por la resolución que acababa de tomar, maldecía el destino que le había enviado a Kerzemien con el carácter de acreedor; y por más esfuerzos que hacía para conciliar el sueño, este se alejaba de sus ojos.

El gallo entonó su primer canto matinal, y los primeros pálidos rayos del alba iluminaron con su lánguida luz los cristales de su ventana, sin que él hubiese conseguido alejar de su mente la melancólica imagen de aquella joven.

II

Era ya muy entrado el día cuando fue a despertarle el criado, invitándole a que bajara a desayunar.

Polaniecki le preguntó si no había costumbre de tomar el desayuno juntos en el comedor.

—No —contestó el criado—; la señorita se levanta temprano y el señor duerme hasta muy tarde.

—¿Se ha levantado ya tu joven ama?

—La señorita ha ido a misa.

—¡Ah, sí! Es verdad; hoy es domingo. ¿No va con su padre?

—No. El amo va a la misa mayor, y luego hace una visita al párroco; por eso la señorita prefiere asistir a la primera misa.

—¿Qué hacen tus amos el domingo?

—No se mueven de casa. Después de comer viene el señor Gatoski.

Polaniecki conocía desde niño a este Gatoski, a quien se daba el apodo del Oso por ser grueso, rudo, tonto y regañón; pero el criado le advirtió que este era el padre del señor Gatoski, y que había muerto hacía ya cinco años.

—¿Viene todos los domingos? —preguntó Polaniecki.

—A veces viene también los días laborables por la tarde.

—Un rival —pensó Polaniecki.

Y tras breve pausa preguntó:

—¿Se ha levantado ya tu amo?

—El señor debe haber llamado, porque José está en su habitación.

—¿Quién es ese José?

—El ayuda de cámara.

—Entonces, ¿qué eres tú?

—El segundo ayuda de cámara.

—Pues bien; ve a preguntar al señor Plavicki si me puede recibir.

Se alejó el criado y volvió a los pocos instantes.

—El señor me encarga le diga a usted que en cuanto se haya acabado de vestir se pondrá a su disposición.

—Está bien.

Salió el criado y Polaniecki quedó solo.

Aguardó largo rato y, perdiendo, al fin, la paciencia, se disponía a bajar al jardín, cuando vino José a anunciarle que su amo le esperaba.

Polaniecki le siguió por una larga alameda hasta otra habitación situada al extremo opuesto de la casa.

De momento no reconoció al señor Plavicki. Recordaba a un hombre joven y extraordinariamente guapo; y ahora se hallaba en presencia de un viejo arrugado y con el bigote teñido y cuidadosamente peinado.

El viejo abrió los brazos y exclamó:

—¡Estanislao! ¿Qué tal vamos, mi querido muchacho? ¡Ven acá!

Y rodeando a Polaniecki con los brazos, lo estrechó contra su pecho.

Transcurrieron algunos minutos antes de que el señor Plavicki se decidiese a librar a Polaniecki de su abrazo.

Al fin le dijo con acento conmovido:

—Deja que te contemple. ¡Eres el retrato de Ana! ¡Mí pobre y adorada Ana!

Diciendo esto se puso a sollozar, pasándose las manos por los ojos, en los cuales, sin embargo, no se percibía señal alguna de lágrimas, y luego prosiguió:

—El verdadero retrato de Ana... tu madre es la parienta a quien he profesado más cariño.

Polaniecki se hallaba en un verdadero apuro. Nunca se hubiera esperado una acogida semejante. Además le aturdí el olor de pomadas, polvos y otros perfumes que se desprendía del rostro, del bigote, de los cabellos y de todo el traje del señor Plavicki.

—¿Y usted, querido tío, cómo sigue? —preguntó por último, resolviéndose a emplear una frase que le era habitual en su niñez, y tratando de dar a aquella el tono festivo propio de quien al fin vuelve a ver una persona querida, después de una larga separación.

—¿Cómo sigo? —repitió el señor Plavicki—. ¡Esto no puede durar mucho tiempo; me voy acercando al fin de la vida! Precisamente me alegro de que hayas venido a esta casa... Y si la bendición del individuo más viejo de la familia, para quien pronto se abrirá la tumba, tiene algún valor, yo te la doy.

Al decir esto abrazó de nuevo a Polaniecki, lo besó y lo bendijo.

Este se hallaba como sobre ascuas. En sus facciones se dejaba adivinar fácilmente el esfuerzo que hacía para contenerse. Realmente su madre estaba emparentada con la primera mujer del señor Plavicki, pero no la ligaban a ella los lazos de un verdadero cariño, por cuya razón aquellas manifestaciones de amistad no le impresionaban en modo alguno, antes por el contrario, lo fastidiaban.

Él mismo tampoco experimentaba ni el más mínimo afecto hacia el señor Plavicki, y pensaba para sus adentros:

—Este insulso individuo me bendice en vez de hablarme de mi crédito.

Se apoderó de él la cólera y de nuevo se juró que sabría hacerse pagar en el acto. Entretanto, el señor Plavicki exclamó:

—Siéntate, querido joven; aquí se te considera como si estuvieras en tu propia casa.

Polaniecki comenzó en seguida el ataque:

—Querido tío, no tengo necesidad de asegurar a usted que experimento un verdadero placer en haber venido a verle aquí, y que lo habría hecho también si no hubiera de por medio cierto asunto. Ya sabe usted que el dinero que mi madre...

De pronto el señor Plavicki apoyó las manos en sus hombros y preguntó:

—Oye, ¿has tomado café?

—Sí —contestó Polaniecki un poco desconcertado.

—Marina ha ido a misa. Debo suplicarte que me dispenses si no he destinado para ti esta habitación; pero estoy tan acostumbrado a dormir en ella... es mi nido.

Mientras hablaba, dirigía la mirada en torno suyo.

Polaniecki siguió involuntariamente aquella mirada.

En otro tiempo aquella habitación había ejercido sobre él un singular atractivo, porque en ella estaban colocadas las armas del señor Plavicki. En cambio ahora no había otra cosa que un tapiz nuevo de color de rosa, dividido en varios cuadros, y en el cual se veían representadas varias jóvenes pastorcillas vestidas a lo Watteau. Debajo de la ventana estaba colocado un pequeño tocador de mármol blanco con espejo encuadrado en un marco de plata y atestado de potes, cajitas, frascos, cepillos, peines, pinceles, etc. A un lado, en un ángulo de la habitación, un estante lleno de pipas; en una de las paredes, encima del sofá, se destacaban algunas cabezas de jabalí, debajo de las cuales estaban colgados dos fusiles, zurrones, un cuerno y otros objetos de caza; la pared opuesta estaba ocupada por un escritorio. En una palabra, era el cuarto de un señor viejo, del perfecto egoísta cuidadoso de su propia persona.

No tuvo que esforzarse Polaniecki para comprender que por nada en el mundo habría el señor Plavicki cedido su habitación.

El hospitalario señor continuó:

—Creo, sin embargo, que en el aposento que te he destinado habrás hallado comodidades. ¿Qué tal has pasa-

do la noche?... Di, ¿supongo que serás nuestro huésped por una semana cuando menos?

Polaniecki, impaciente, se puso en pie y contestó:

—Hágase usted cargo, tío, de que yo tengo abierto mi despacho en Varsovia y que durante mi ausencia mi socio se ve precisado a trabajar por dos. Debo partir lo más pronto posible y terminar en todo el día de hoy el asunto que me ha traído aquí.

—No, hijo mío, no puede ser. Hoy es domingo: hoy eres el sobrino que ha venido a hacer una visita al tío; mañana serás acreedor. Tienes que someterte. Todos los asuntos se aplazan para mañana. Tienes que consentir, Estanislao, es tu deber. Te lo pide el viejo pariente que te quiere, y que hasta tiene el derecho de exigir de ti un poco de cariño.

Polaniecki, cuyo rostro estaba cada vez más sombrío, contestó, después de una breve pausa:

—Aplacemos, pues, los negocios para mañana.

—Así es como debe hablar el hijo de Ana... ¿Fumas la pipa?

—No. No fumo más que cigarrillos.

—Haces mal, créeme, pero también tengo cigarrillos para mis huéspedes.

El ruido de un coche que se detenía frente a la puerta vino a interrumpir aquel diálogo.

—Es Marina que vuelve de la iglesia —dijo el señor Plavicki.

Polaniecki se asomó a la ventana. La joven, que en aquel momento se apeaba del carruaje, iba vestida de color de rosa, y llevaba un sombrero de paja.

—¿Conoces ya a mi hija? —preguntó Plavicki.

—Tuve el gusto de saludarla y hablar con ella anoche.

—¡Una buena muchacha! Es inútil que te diga que solo por ella vivo.

En aquel momento llamaron a la puerta y una voccecita fresca preguntó:

—¿Puedo entrar?

—Desde luego. Estanislao está aquí —respondió el señor Plavicki.

Marina entró con viveza en la habitación, corrió a abrazar a su padre y tendió una mano a Polaniecki.

Con un traje de percal rosa y llevando el sombrero colgado del brazo, aparecía verdaderamente encantadora. Se hubiera dicho que con ella acababa de entrar la fresca luz de la mañana, el festivo aire del domingo. Con el cabello ligeramente descompuesto, vivaces los ojos y coloreadas las mejillas, parecía la personificación de la juventud, y produjo a Polaniecki impresión todavía más favorable que la de la noche anterior.

—La misa mayor se celebrará un poco más tarde de lo acostumbrado —empezó a decir dirigiéndose a su padre—. El párroco ha tenido que ir, inmediatamente, a llevar al Molino el Viático a la señora Sintkavoski, que se halla muy grave.

—Mejor —respondió Plavicki—. Así podré hacer más rato de compañía a mi Estanislao. Te digo que es el verdadero retrato de Ana; si la hubieses conocido convendrías conmigo en que es así. Y además te participo, Marina, que hoy es nuestro huésped como pariente y como amigo. Mañana, si le place... será nuestro acreedor.

—Siendo así —observó la niña—, podremos pasar un buen domingo.

—Anoche —interrumpió Polaniecki, solo por terciar en la conversación—, me olvidé de transmitirle recuerdos de la señora Emilia Evatovski.

—Hace algunos años que no la veo, pero nos escribimos con frecuencia. ¿Ha marchado a Reinchenhall con la pequeña?

—Estaba haciendo los preparativos de viaje.

—¿Cómo está la niña?

—Demasiado crecidita para su edad. Está muy anémica y en conjunto es una chiquilla débil y enfermiza.

—¿La visita usted a menudo?